

Si las fotografías de *El hilo de los días* tuvieran sonido, escucharíamos el rumor del agua retirándose entre las piedras de una orilla. Muchos pájaros saludando al día desde las ramas. Un remolino de hojas secas. Notas de música atonal contemporánea, posiblemente.

\*

Con el propósito de desentrañar por qué la meteorología es incapaz de predecir el clima con exactitud, Edward Lorenz formuló la teoría del caos en los años sesenta y setenta del siglo XX. En buena parte, su propuesta puede visualizarse con el llamado “efecto mariposa”: el aleteo de una mariposa en un punto del planeta puede producir y encadenar una serie de alteraciones en el aire que, al cabo de un tiempo, provocan un tornado en otra región alejada. Es decir: la variación más mínima en los elementos de un sistema puede cambiar radicalmente el resultado de un proceso que considerábamos previsible. El caos no responde a una serie de fenómenos aleatorios, sino a una compleja y precisa concatenación de hechos hilados por fórmulas matemáticas.

Las fotografías de *El hilo de los días* parten de la nostalgia de ese hilo que une hechos aparentemente inconexos en el tiempo y el espacio: el vuelo de una cometa en la costa, una pared que va erosionándose con los años, la cola de un pez naranja en una pecera, la superficie casi plana de un mar, telas que cuelgan de un tendedero, nubes sopladas por la brisa, una mariposa sobre un cristal. Incapaz de emular a las parcas tejedoras del destino, un hombre sostiene carretes de hilos sin saber qué hacer con ellos. Más allá del caos hay una circunstancia desconocida que hila las hojas mojadas en el suelo con el vuelo de un pájaro en el cielo distante, con el modo en que un niño alinea unos planetas de juguete. Nubes, lluvia, viento.

Acaso sólo el dolor de no saber nos sea conocido. Acaso, más allá de los instantes felices en que llegamos a entrever el hilo de los días, sólo la fractura del mundo nos sea perceptible.

\*

*Fractus*, fractura, fractales. También en los años sesenta y setenta del siglo XX, Benoît Mandelbrot intentó en vano medir el perímetro de la costa de Inglaterra con todas sus curvas. Llegó así a la teoría de los fractales. Una estructura fractal no puede ser descrita con la geometría euclídeana, sino que se repite y se reproduce a sí

misma varias veces de un modo aparentemente aleatorio e infinito. Sin embargo, la estructura de cada sección que se aísla resulta una copia casi exacta de la estructura del todo.

Las nubes, muy presentes en *El hilo de los días*, son a menudo estructuras fractales que se encuentran en la naturaleza. También lo son muchos ramajes y muchos perfiles de montañas, avistados al fondo de alguna fotografía. La espalda de una mujer muestra el entretejido previsible de una trenza sobre tatuajes imposibles de nombrar con figura geométrica alguna. Las estructuras fractales más intrigantes de la serie son, en cualquier caso, los diseños de los vestidos que llevan varias mujeres retratadas: hilos, rayas, formas que se enredan unas con otras e invitan a pensar una nueva geometría de lo natural. ¿Son hojas secas? ¿Nubes? ¿Sangres?

\*

En quietud y en soledad, los personajes de *El hilo de los días* tienen conciencia de formar parte de una coreografía cuyos pasos se ejecutan sólo con los brazos.

\*

Si las fotografías de *El hilo de los días* pudieran ordenarse cronológicamente, veríamos primero una mariposa aleteando en un cristal. Después aparecerían unos cables torcidos. Finalmente una mujer corriendo una cortina estampada. O a la inversa: una cortina, los cables, la mariposa. Unas nubes.

En el reto de intentar encadenar las imágenes que observamos, la serie nos invita también a reflexionar sobre lo aleatorio del tiempo y la fragilidad de toda acción inscrita en él. Si toda serie implica una secuencia a la que (al menos en teoría) siempre se le puede añadir una unidad, las escenas fotografiadas en *El hilo de los días* sugieren que todo instante de nuestra existencia está precedido y seguido por un número inabarcable de otros instantes cuyo orden último sólo puede ser intuitivo. Como en el jardín de senderos que se bifurcan del cuento de Borges, estas fotografías (toda fotografía) captan acciones fugaces de personajes que acabarán encontrándose en algún punto del tiempo. A través de la ventana, una mujer se avistará a sí misma haciendo volar una cometa o tejiendo hilos en una costa pedregosa. Luego correrá la cortina.